

# ENTRE DOS LUCES

El sol caía aplomado en una tarde andaluza, en plena sierra malagueña. Dentro del cortijo, la niña Isabel corría sin parar, sin dejar descansar al padre, haciendo reír a la madre.

Niña, déjame tranquilo.

Deja a la niña hombre, ¿no ves que nació entre dos luces?

¿Y eso que tiene que ver chiquilla?

Pues que mientras haya luz, la niña no ha de parar – respondía la madre sonriente, viendo cómo andaba de acá para allá.

A las cuatro de la tarde, como todos los días, asomaba la cabeza la Paqui. Era algo mayor que la niña Isabel pero las dos eran como uña y carne. La pobre era ciega de nacimiento pero desde que nació la niña Isabel, era sus ojos, su vida, su esperanza.

¿Da usted su permiso?

Pasa hija pasa. Aquí tienes a la niña – respondió la madre.

Nada, que no voy a poder dormir – refunfuñó el padre.

La Paqui se conocía los muebles de memoria pero no tuvo en cuenta que la niña Isabel andaba alborotándolo todo. A pesar del cuidado con el que andaba, tropezó con una silla cuya presencia no estaba prevista. La niña Isabel se reía al ver a la Paqui por el suelo y ésta, en lugar de enfadarse, se reía también.

Ya sé por dónde vas. Ahora verás – dijo la Paqui levantándose del suelo, yendo en busca de la niña Isabel.

La pequeña, al verse acorralada, empezó a reír tan fuerte que se cayó al suelo indefensa. La Paqui disfrutaba con aquella niña que era el sol de su vida. Se sentó a su lado y la abrazó muy fuerte. La niña no paraba de reír.

Anda, dejadme dormir tranquilo – pidió el padre por última vez.

Las niñas se levantaron del suelo y la Paqui se cogió del hombro de la niña que se puso delante para guiar a su amiga.

¿Dónde vamos hoy? – preguntó la niña.

Vamos al río. Nos bañaremos los pies – respondió la Paqui.

Cuando salieron fuera, la niña cogió a su amiga de la mano y se puso a correr. La Paqui apenas podía seguirla pero no podía soltarse de su mano para no quedarse detrás.

No corras Isabel, que con el calor que hace nos ahogaremos.

No digas bobadas Paqui. Si nos ahogamos, nos bañaremos en el río.

Desde dentro se oían los gritos de la madre.

Tened mucho cuidado si vais al río.

Déjalas mujer, así podré dormir tranquilo.

Las niñas apenas podían oír lo que decían los padres porque ya estaban al lado de la barca roja de su padre. Algunas veces las llevaba a las dos, pero la última vez, fue tal el movimiento de la niña Isabel, que cayeron todos al agua y desde entonces no las llevó más.

El sonido del agua corriendo era como un bálsamo relajante para la Paqui. Nunca había visto el agua pero, al escuchar su música, adivinaba que debía ser lo más bonito del mundo.

Cuéntame cómo es el agua Isabel – le pedía la Paqui.

El agua no se ve boba – respondía la niña riendo sin parar.

Era toda energía, era todo vigor. Se pasaba el día saltando y riendo. ¿Cómo podía tener tanta energía?, se preguntaba su padre. Porque nació entre dos luces, respondía siempre la madre.

En un remanso del río, la niña se bañaba hasta la cabeza. La Paqui, entraba con cuidado y se bañaba solo los pies. El agua estaba tan fresca que podía despertar a un muerto, se decía la Paqui.

A que no adivinas dónde estoy – decía la niña desde el agua.

Estás volando – respondía la Paqui para hacerla reír y vaya si lo conseguía.

La niña se partía de risa por lo que le decía la Paqui.

No, no estoy volando boba, estoy nadando.

Ah, es que no te veo.

Más risa de la niña que hasta le dolía el estómago de tanto reír.

Desde el cortijo, la madre no quitaba ojo a las niñas, mientras el padre había conseguido cerrar un ojo.

Entre risas, saltos y juegos, iba pasando la tarde. El sol empezaba a bajar y la temperatura se hacía más agradable.

El padre salió del cortijo, descansado, relajado, preparado para afrontar los últimos trabajos del día. Ahora que el sol no era tan fuerte, ahora se podía trabajar mejor.

¿Y las niñas? – preguntó a su esposa.

Se han sentado a merendar.

Ahora que me levanto, ahora callan – dijo el hombre entre dientes - ¿Cómo es eso posible?

Porque la niña nació entre dos luces – respondió la madre sonriéndole.

La mujer sacó una cuerda, la ató a un barrote de la ventana y se puso a cantar. Las niñas, en cuanto oyeron la canción, supieron que la cuerda estaba dando vueltas.

Vamos Paqui, vamos a saltar la cuerda.

Era increíble ver cómo saltaba la Paqui. En cuanto oía llegar la cuerda, saltaba y nunca se equivocaba.

La madre, con toda la paciencia del mundo, rodaba la cuerda para que las niñas tuvieran su juego.

Cuando se cansó de saltar, la niña se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la pared del cortijo.

¿Estás cansada? – preguntó la madre, pero la niña no respondía.

Bueno, yo me voy, señora María – dijo la Paqui al ver que la niña no podía más.

Habían pasado una tarde de ensueño, una tarde más en la que las niñas eran la alegría del cortijo. La Paqui conocía bien el camino de vuelta a su casa, no hacía falta que la acompañaran.

En unos minutos, al igual que se escondía el sol, los ojitos de la niña Isabel empezaron a cerrarse, vigilados por la sonrisa de la madre. Cogió a la niña en brazos sin que ésta se inmutara, entró en la casa, le puso el camisón y la acostó en su camita.

Eres el sol de mi vida cariño.

En ese momento pasó el padre que al ver la estampa, se detuvo en el quicio de la puerta.

¿Por qué se dormirá cada día cuando se esconde el sol? – preguntó a su mujer.

Porque tu niña, nació entre dos luces.